



EPÍLOGO

DESPUÉS de los sucesos referidos han pasado seis ó siete años.

Posible es, por más que á mí me apesadumbre, que los personajes principales que en esta historia figuran á nadie interesen; pero, como yo he tenido que tratar de ellos y que describir sus caracteres, les he cobrado bastante afición, despertando en mi alma curioso interés la situación y término en que hoy se hallan.

Interrogado por mí el diputado novel á quien debo todo el relato, me ha comunicado las noticias que voy á transcribir como contera ó remate, aunque los críticos lo tachen de supérfluo.

D. Paco sigue gozando de la privanza del cacique y gobernando en su nombre cuanto hay que gobernar en la villa. Juanita, casada con él, le adora, le mimaba y le ha dado dos hermosísimos pimpollos: una niña que se llama también Juanita la Larga, tercera de este nombre y ape-

llido, y que promete valer tanto como su madre, porque ya es muy linda, picotera y graciosa; y un Ricardito, como su abuelo materno, que es un diablejo, ágil, robusto y bullicioso, por lo que sus padres le destinan á que sea, también como su abuelo, oficial de caballería.

Juanita no ha embarnecido. Está gallarda y bonita como siempre. Se viste de seda sin que el padre Anselmo la censure en sus sermones, y parece una princesa encantada, pues no pasan días por ella. Tampoco envejece D. Paco, porque la felicidad mantiene, conserva y hasta remozaba, y él es feliz de veras.

El pobre D. Alvaro Roldán es el que está muy averiado. Hace ya tiempo que se quedó lelo, paralítico y con los dedos engarabataados. No se sabe si es falta de la lengua ó de algún otro órgano del aparato vocal, pero es lo cierto que ya no puede decir ni dice sino:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Doña Inés le cuida con esmero y cariño de esposa; pero como es tan moralizadora y tan concionante, le reprende á menudo con suavidad.

Cuando, á pesar de su deplorable situación, á Serafina, que le cuida, la mira con ojos encandilados, y lo ve doña Inés, ésta le dice:

—¿Es posible, Alvarito, que no te abandone el demonio que te posee? ¡El vicio que huye de todo tu cuerpo se te mete en la cabeza y no te deja! ¡Da asco y vergüenza!

—Ta, ta, ta, ta, ta, contesta D. Alvaro.

Si por señas se queja del estómago ó del vien-

tre que le muge como si tuviera allí, no una bo-
rega, sino dos ó tres becerras, doña Inés exclama:

—Si te lo tengo dicho mil y mil veces, siem-
pre has sido un glotón de siete suelas, pero ya
hijo mío, no estás para eso. Tus fuerzas digesti-
vas son muy pocas. Menester es que te moderes
y que seas sobrio si no quieres reventar el día
menos pensado.

Y D. Alvaro responde:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Calvete, que ha pasado de zagalón á ser un mo-
zo muy gentil y brioso, y que es al mismo tiem-
po travieso y más malo que la quina, viendo que
D. Alvaro no puede quejarse de sus travesuras,
ya que ni habla ni escribe, se deleita á menudo
en ponerle furioso.

Para ello acude á Serafina que está muy fres-
cachona y floreciente y que sigue tan regocija-
da como en su primera juventud. En las barbas
de D. Alvaro se pone el bellaco de Calvete á
retozar amorosamente con Serafina; y D. Alva-
ro, fuera de sí, con espumarajos en la boca, gri-
ta como un energúmeno:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Y cada ta, por el tono con que D. Alvaro le
suelta, parece un centón de blasfemias y una le-
tanía de maldiciones.

Doña Inés suele acudir entonces y dice:

—¿Por qué chillas tanto, diantre de hombre?
Lo que tú padeces nada vale en comparación de
la hiel y vinagre que dieron á Cristo. ¿Piensas
tú que chilló nunca Job en el muladar tanto co-

mo tú chillas ahora? ¡Sufre y ganarás el cielo!

—¡Ta, ta, ta, ta, ta,—dice D. Alvaro algo re-
signado.

Doña Inés suele también moverse á compa-
sión y dice á Calvete:

—¡Muchacho! haz alguna de tus chuscadas pa-
ra que el señor se distraiga y regocije.

Y contesta Calvete:

—Pues si las hago á manta y el señor rabia y
chilla más. Como está tan jaquecoso...

Y exclama don Alvaro:

—¡Ta, ta, ta, ta, ta!

Se cuenta en el lugar (casi no queremos creer-
lo) que cuando está D. Alvaro muy mal y sien-
te físicamente muchos dolores, arma tan incesan-
te y fatigosa retahila de ta, ta, ta, que aburre á
todo el mundo, alborota la casa, y hace que do-
ña Inés pierda la circunspección y la paciencia
que ella suele recomendar, llegando una ó dos
veces hasta á decir á su marido:

—Cállate, hombre indigno, y padece por el
amor de Dios, que no sin justo motivo te casti-
ga. No te verías así si no hubieras tenido una
vida tan depravada. Y al fin yo creo que te que-
jas un poco de vicio. Tú tienes miedo porque
piensas te vas á morir. Ya, ya; bien pesado has
sido para todo y me parece que vas á serlo tam-
bién para morirte.

Y como don Alvaro contesta con acento muy
triste:

—Ta, ta, ta, ta, ta,—el noble corazón de su
esposa se enternece; y arrepentida ella de las fra-

ses duras que se le han escapado, se acerca á don Alvaro con cariño, y para función de desagrazos, le da un blando cogotacito, le pasa la blanca mano por la papada ó le pega en las narices un amoroso capirotazo.

D. Alvaro sonríe consolado, y beatificado exclama:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Así va tirando aún el ilustre descendiente, según pretende su ejecutoria, del más her ico de los doce pares.

En cuanto á doña Inés, afirma mi amigo el diputado, que está hermosa y fresca todavía y que pudiera hacer el papel de Angélica, aunque algo metida en carnes. Conserva todas sus virtudes, incluso la prolífica, y en estos últimos años ha conseguido que los vástagos de su ilustre casa lleguen   la docena.

El cacique permanece soltero   imperando en el lugar con la sabiduría y la moderación de los Antoninos en Roma.

La señora doña Agustina Solís y Montes de Allende el Agua ha sufrido con resignación algunos reveses de fortuna. Entre otros ha perdido un pleito de importancia. Sus rentas han quedado reducidas   menos de la mitad. Apenas tendrá ahora doce mil reales al año. La disminución de sus rentas, en vez de disminuir, ha aumentado sus ganas de casarse. Ha buscado compa a doméstica que la consuele. Y tal vez por no encontrar partido mejor, ha apechugado con el boticario don Policarpo, el cual, si bien es feo, es in-

teligente y tan gracioso que nadie debe maravillarse de que seduzca y enamore con su labia   una mujer de talento. Doña Agustina, además, se manifiesta muy ufana de haber vencido la repugnancia al matrimonio de tan pertinaz soltero, y, lo que es más trascendental, de haber traído al gremio de los fieles   aquel impio extraviado que ahora va á misa y cumple con todos los preceptos.

A lo que se presume, desde que doña Agustina empezó   mostr rsele propicia, D. Policarpo discurrió sobre poco más ó menos de esta suerte:

—No se comprende ni se explica cómo, por el proceso evolutivo del s r, aunque haya durado millones de años, por el concurso fortuito de los átomos, y por su fatal y ciego prurito y constante tendencia   la perfección, ha podido aparecer sobre nuestro planeta, después de prolongad sima serie de transformaciones, un mamífero tan primoroso y apetecible como doña Agustina, dotado además de claro entendimiento y de voluntad benigna, y con el portentoso d n de la palabra, que le sirve para transmitir las ideas más agradables en contestación á las que salen de mi cabeza y   las voliciones de mi corazón. Acrecienta lo inexplicable de este prodigio, si no suponemos una Providencia personal y sapientísima que todo lo dirige, el que posea aún el mencionado mamífero doce mil reales de renta y el que se vista y calce con sumo primor, elegancia y decoro, lo cual implica, por un lado, el

desenvolvimiento de la sociedad, á través de los siglos, para crear las leyes, para sostener la paz, para fomentar la agricultura y para hacer que haya herencia y propiedades individuales; é implica, por otro lado, según se comprende muy bien cuando se estudia la economía política, la multitud de milagros del comercio, de la industria, de las artes textiles, indumentarias y de curtido de cueros, y otras mil agudas invenciones, como la división del trabajo y como el objeto que vale por sí y representa además y mide con exactitud lo que valen los otros objetos, facilitando la circulación y los cambios, sobre todo si se le añade cierto descubrimiento más sutil aún, ó sea la virtud representativa de todo lo que vale por algo que por sí vale poco ó nada y que se llama crédito, difícil de adquirir no obstante, pues yo carezco de él aunque le deseo. La primera causa de todo lo cual es absurdo que sea el acaso sino una potencia suprema y anterior á todo, la cual dió el impulso inicial al linaje humano, le marcó el camino y guió con orden su marcha por la interminable senda del progreso.

Esto ó algo por el estilo pensaba D. Policarpo, y era creyente.

En aras de su amor á doña Agustina y de su renaciente fe, se cortó aquella uña maldita del dedo meñique, vara de virtudes de Satanás, y no volvió á electrizar, ni á magnetizar, ni á encender candiles, ni á tirar cañonazos con ella.

Se cortó la uña como se cortan los toreros la

coleta cuando dejan de torear y se retiran á la vida privada.

Se cortó la uña, despojándose de sus fuerzas taumaturgicas y teratológicas, por obra y gracia de las tijeras de doña Agustina, que fué la piadosa Dalila de este Sansón de nuevo cuño.

Doña Agustina, sobre un fondo de raso color de púrpura, para que resaltase mejor, colocó y guardó la uña, como trofeo de su victoria, en un *passepartout* muy bonito que colgó en su alcoba.

Por bajo de la uña quiso poner un letrero explicatorio, y rogó á D. Andrés que le pusiese. D. Andrés que, como ya sabemos, era muy erudito y que asimismo era algo guasón, recordó el cambio glorioso de Napoleón I, en los últimos años de su vida, y no creyendo menos glorioso el cambio del boticario, le aplicó los versos de Manzoni, y escribió de buena letra por bajo de la uña y defendido todo por un cristal:

«Bella, inmortal, benéfica
Fede ai trionfi avezza,
Scrivi ancor questo.»

Juana la Larga es dichosísima al ver la felicidad de su hija y de su yerno: adora á sus nietecillos, los consiente, los mimas y les ríe todas las gracias, hasta las más pesadas y olorosas.

Para que se críen robustos, después que los ha amamantado Juanita, Juana los desteta con chorizo, longaniza y asadura de cerdo.

Su actividad culinaria no decae, á pesar de su

edad. Sigue haciendo la matanza, la carne de membrillo, el arrope y las frutas de sartén, en las casas más principales. Ha importado nuevos guisos en la cocina local y hasta inventado dos ó tres con sorpresa y general aplauso de los gastrónomos.

El padre Anselmo está achacosillo y muy viejo, pero alegre y sereno con la esperanza de su tránsito á mejor vida. Ya no le pesa, antes se regocija, de que Juanita no sea monja, porque la quiere mucho y se le cae la baba cuando la ve tan hermosa y cuando oye su dulce voz y sus discretas razones.

Doña Inés, no obstante, sigue siendo su preferida, por lo mística que es y por la mucha teología que sabe.

Por último, el diputado novel ha pedido y recibido con frecuencia las noticias que de Antofuelo se tienen en el lugar. Allá en el Río de la Plata, á donde el cacique le obligó á que emigrase, se dedicó al comercio y prosperó mucho. Aunque nunca quiso inscribirse en el consulado, para ahorrarse tres ó cuatro duros, acudió con frecuencia á la legación pidiendo que España reclamase diplomáticamente en su favor contra mil agravios y daños que del gobierno argentino había recibido, y que exigiese con amenazas de bombardeo que dicho gobierno le diese una indemnización muy cuantiosa. Pero ni le indemnizaron de nada, ni por amor suyo hubo bombardeo, y él adquirió tan mala reputación y crédito que consideró prudente irse á Cuba. Ya

en la Habana, como es mozo gentil y de rostro blanco y sonrosado, logró cautivar el sensible corazón de una rica heredera, muy subidita de color. Casado con ella, vivió con tanta pompa y decoro, dando comidas y saraos y paseando en quitrín, acompañado de su mujer, tan ricamente vestida que parecía la reina de Saba, que se empeñó, hipotecó les predios urbanos y rústicos y acabó por tener más deudas que pelos en la cabeza. A lo que parece, á fin de consolarse y de remediarse, se ha hecho ahora partidario de la independencia de la perla de las Antillas, y ya sueña con ser en Cuba libre un Dictador como el Doctor Francia en el Paraguay ó como Rosas en Buenos Aires, ó un Emperador, como Faustino I en Haití, aunque tenga que tiznarse con hollín: ya, con más modestia, forma un plan que muchas personas creen desatino, aunque tal vez no lo sea. Espera que por filibustero y laborante, le secuestren los bienes, porque entonces, según dice, se irá á Nueva-York, se hará ciudadano de la Gran República, y, nuevo Coriolano español, obligará á su ingrata patria á darle una indemnización *di primo cartello*. Aunque tenga que ceder á los Fabricios, Cincinatos y Catones de escalera abajo y de quinta clase, que acaso haya en las orillas del Potomac, las cuatro quintas partes de lo que se extraiga á la paciente y semiforzosa longanidad de España, siempre le quedará otra quinta parte, con la cual podrá vivir como un príncipe en una magnífica casa de la Quinta Avenida. Allí brillará su morena con-

sorte, que habla ya el idioma de Shakespeare
y de Milton, como la más ilustrada, *talkative* y
funny inglesita

De la fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribe
El vago curso, y cuanto sér se anima,
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibe.

FIN